

fortuna que llaman de pícaro, porque todo se facilitaba á medida de mi deseo.

Yo recibí mi esuela con mucho gusto, dí las gracias á mi amigo por su empeño, y me volví para casa.



CAPITULO XI

Toma Periquillo el hábito de religioso, y se arrepiente en el mismo día
Cuéntanse algunos intermedios relativos á esto

Todo aquel día lo pasé contentísimo esperando que llegara el siguiente para ir á ver al provincial. No quise

ir en esa tarde, por dar lugar á que el padre de Pelayo hiciese para mí el empeño que había ofrecido.

Nada ocurrió particular en este día, y al siguiente á buena hora me fuí para el convento de San Diego, y al pasar por la alameda, que estaba sola, me puse frente á un árbol, haciéndolo pasar en mi imaginación la plaza de provincial, y allí me comencé á ensayar en el modo de hablarle en voz sumisa, con la cabeza inclinada, los ojos bajos y las dos manos metidas dentro de la copa del sombrero.

Con estas y cuantas exterioridades de humildad me sugirió mi hipocresía, marché para el convento.

Llegué á él, anduve por los claustros preguntando por la celda del prelado; me la enseñaron, toqué, entré y hallé al padre provincial sentado junto á su mesa, y en ella estaba un libro abierto, en el que sin duda leía á mi llegada.

Luego que lo saludé, le besé la mano con todas aquellas ceremonias en que poco antes me había ensayado, y le entregué la carta de recomendación de su hermano. La leyó, y mirándome de arriba abajo, me preguntó que si quería ser religioso de aquel convento. —Sí, padre nuestro, respondí. —¿Y usted sabe, prosiguió, qué cosa es ser religioso, y de la estrecha observancia de nuestro padre San Francisco? ¿Lo ha pensado usted bien? —Sí, padre, respondí. —¿Y qué le mueve á

usted el venir á encerrarse en estos claustros y á privarse del mundo, estando como está en la flor de su edad? —Padre, dije yo, el deseo de servir á Dios. —Muy bien me parece ese deseo, dijo el provincial; pero qué ¿no se puede servir á Su Majestad en el mundo? No todos los justos ni todos los santos lo han servido en los monasterios. Las mansiones del Padre celestial son muchas y muchos los caminos por donde llama á sus escogidos. En correspondiendo á los auxilios de la gracia, todos los estados y todos los lugares de la tierra son á propósito para servir á Dios. Santos ha habido casados, santos célibes, santos viudos, santos anacoretas, santos palaciegos, santos idiotas, santos letrados, santos médicos, abogados, artesanos, mendigos, soldados, ricos, y en una palabra, santos en todas clases del Estado. Conque, de aquí se sigue que para servir á Dios, no es condición precisa el ser fraile, sino el guardar su santa ley, y ésta se puede guardar en los palacios, en las oficinas, en las calles, en los talleres, en las tiendas, en los campos, en las ciudades, en los cuarteles, en los navíos, y aun en medio de las sinagogas de los judíos y de las mezquitas de los moros.

La profesión de la vida religiosa es la más perfecta; pero si no se abraza con verdadera vocación, no es la más segura. Muchos se han condenado en los claustros que quizá se hubieran salvado en el siglo. No está el

caso en empezar bien, es menester la constancia. Nadie logra la corona del triunfo, sino el que pelea varonilmente hasta el fin. En la edad de usted es preciso desconfiar mucho de esos ímpetus ó fervores espirituales, que ordinariamente no pasan de unas llamaradas de *zacate*, que tan pronto se levantan como se apagan; y así sucede que muchos ó no profesan, ó si profesan es por la vergüenza que les causa el *qué dirán*; y estos tales profesos, como que lo son sin su voluntad, son unos malos religiosos, desobedientes y libertinos, que con sus vicios y apostasías dan que hacer á los superiores, escandalizan á los seculares, y de camino quitan el crédito á las religiones; porque, como dice Santa Teresa, y es constante, el mundo quiere que los que siguen la virtud sean muy perfectos; nada les dispensa, todo les nota, les advierte y moteja con el mayor escrúpulo, y de aquí es que los mundanos fácilmente disculpan los vicios más groseros de los otros mundanos; pero se escandalizan grandemente si advierten algunos en este ó el otro religioso ó alma dedicada á la virtud. Levantan el grito hasta el cielo, y hablan, no sólo contra aquel fraile que los escandaliza, sino contra el honor de toda la religión, sin pesar en la balanza de la justicia los muchos varones justos y arreglados que ven en la misma religión, y aun en el mismo convento.

Para evitar que los jóvenes se pierdan abrazando

sin vocación un estado que ciertamente no debe ser de holgura, sino de un trabajo continuo, para cumplir los prelados con nuestra obligación, y no dar lugar á que las religiones se desacrediten por sus malos hijos, debemos examinar con mucha prudencia y eficacia el espíritu de los pretendientes, aun antes de que entren de novicios, pues el noviciado es para que ellos experimenten la religión; pero el prelado debe examinarles el espíritu aún antes de ser novicios.

En virtud de esto, usted, que desea servir á Dios en la religión, ¿ya sabe que aquí de lo primero que ha de renunciar es de la voluntad, porque no ha de tener más voluntad que la de los superiores, á quienes ha de obedecer ciegamente?—Sí, padre, dije yo.—¿Sabe que ha de renunciar para siempre al mundo, sus pompas y vanidades, así como lo prometió en el bautismo?—Sí, padre.—¿Sabe que aquí no ha de venir á holgar ni á divertirse, sino á trabajar y á estar ocupado todo el día?—Sí, padre; y sí, padre, y sí, padre, respondí á setenta *sabes* que me preguntó, que ya pensaba yo que era llegada mi hora y me estaban sacramentando; y todo este examen paró en que me dió mi patente allí mismo, advirtiéndome que fuera mi padre á verse con su reverencia.

Tales fueron mis palabras estudiadas y mis hipocresías, que la llevó entre oreja y oreja aquel buen prelado,

y formó de mí un concepto ventajoso. Ya se ve, él era bueno, yo era un pícaro, y ya se ha dicho lo fácil que es que los pícaros engañen á los hombres de bien, y más si los cogen desprevenidos.

El bendito provincial, al despedirme, me abrazó y me dijo: — Pues, hijo mío, vaya con Dios, y pídale á Su Majestad que le conserve en sus buenos propósitos, si así conviene á su mayor gloria y bien de su alma. Dígale todos los días con el mayor fervor: *confirma hoc Deus, quod operatus es in nobis*,¹ y disponga su corazón cada día más y más para que fecundice en él la gracia del Espíritu Santo, y produzca frutos ópimos de virtud.— Con esto le besé la mano, y me retiré para casa.

¿Quién creará que cuando salí del convento sentí no sé qué de bueno en mí, que me parecía que de veras tenía yo vocación de ser religioso? No se me olvidaba aquel aspecto venerable del anciano prelado, aquellas palabras tan llenas de unción y penetrantes que tanto eco hicieron en mi corazón, aquella su prudencia, aquel su carácter amable y aquel todo hechicero de la verdadera virtud, capaz de enamorar al mismo vicio.

— En efecto, yo decía entre mí; ¿qué mano que hubiera nacido para fraile, que no lo hubiera advertido, y Dios quisiera haberse valido de este accidente para reducirme y meterme en el camino que me conviene? No

¹ ¡Oh Dios! confirma lo que has obrado en mí. E.

hay duda: así debe ser. Yo me acuerdo haber oído decir que Dios hace renglones derechos con pautas torcidas, y éste ha de ser uno de ellos, sin remedio. Estos y semejantes discursos ocupaban mi imaginación en el camino del convento á mi casa.

Luego que llegué á ella, me entré á ver á mi madre, y le conté cuánto me había pasado, manifestándole la patente de admitido en el convento de San Diego. De que mi madre la vió, no sé cómo no se volvió loca de gusto, creyendo que yo era un joven muy bueno, y que cuando menos sería yo otro San Felipe de Jesús.

No hay que dudar ni que admirarse de esta sorpresa de mi madre, pues si mis maldades le parecían gracias, mi virtud tan al vivo ¿qué le parecería?

Vino mi padre de la calle, y mi madre llena de júbilo le impuso de todas mis intenciones, enseñándole al propio tiempo la patente del padre provincial.

— ¿Ves, hijo, le decía; ves cómo no es tan bravo el león como lo pintan? ¿Ves cómo Pedrito no era tan malo como tú decías? Él como muchacho ha sido traviesillo; ¿pero qué muchacho no lo es? Tú querías que fuera un santo desde criatura, querías bien; pero, hijo, es una imprudencia. ¿Cómo han de comenzar los niños por donde nosotros acabamos? Es necesario dar tiempo al tiempo. Ya ves qué mutación tan repentina. ¿Cuándo la esperabas? Ayer decías que Pedro era un pícaro, y